

PA6641

-IC

P6

Es propiedad.

DEDICATORIA



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

A la gran actriz mexicana
Virginia Fábregas, homenaje
de admiración de su devoto,

Villaspesa.

OFRENDA

Si penas y dudas olvidar ansias,
su clásica copa te ofrece el poeta.
En marfil y oro la esculpió un atleta...
Fué cáliz de besos en noche de orgías.

Hoy es sagruario de las Musas mías:
de Chipre, bacante lasciva y discreta;
del Champaña, el oro de la vida inquieta,
y el Jerez, la rosa de mis alegrías!

La copa te brinda divinos amores.
En ella la virgen deshoja las flores
del Epitalamio, y escancia la estrella

el vino celeste de pálidas Thules...
¡Alma soñadora, embriágate en ella
de rojos delirios y ensueños azules!

PAISAJE INTERIOR

Cual sol en los cielos entreabre el Delirio
su enorme pupila torva y sanguinaria;
y en la roja tarde vaga solitaria
el alma marchita de cárdeno lirio.

Lenta nube vierte sangre de martirio,
el ciprés eleva su negra plegaria,
y enciende en el cáliz de la pasionaria,
lívida luciérnaga, fantástico cirio.

Sollozan los vientos. En lagos de llanto
los cisnes heridos apagan su canto.
Sobre las palomas vuelan los neblies,

y entre las adelfas alza lentamente
su verde cabeza, la Eterna Serpiente
de escamas de oro y ojos de rubies.

INTIMIDADES

(1894-1896)

TU REJA

Cubierta de flores
tu reja aún se halla;
y a través del encaje que forma
el jazmín que a sus hierros se enlaza,
tus pupilas, a veces, contemplo
fulgurar entre flores de plata,
como dos mariposas azules
que aletean detrás de las ramas...!

¡Quién pudiera acercarse a sus hierros
cuando extiende la noche sus alas,

y a la luz de la Luna que alumbra
 la vetusta quietud de la plaza,
 repetirte las viejas canciones
 que en horas de ensueños temblando escuchabas,
 palpitante el seno,
 y fija en mis ojos tu ardiente mirada,
 con la misma atención con que oías
 de tu madre sentada en la falda,
 esos cuentos de amor con que duerme
 la vejez bondadosa a la infancia...!

Una noche, al ponerse la Luna,
 y en sombras envuelta quedar tu ventana,
 ante el Cristo de oro que cuelga
 del collar que ciñe tu ebúrnea garganta,
 juramos amarnos en tanto tuviesen
 sangre nuestras venas y fe nuestras almas,
 por la eterna y bendita memoria
 de aquellas dos santas,
 que del cementerio, bajo el duro mármol,
 como en lecho de flores descansan...!

¿Qué se hicieron de aquellas promesas...?
 ¿Dónde fueron aquellas palabras
 que llevaban en sí la armonía
 del jilguero que trina en las parras,
 de la brisa que agita las flores
 y del mar cuando besa las playas...?

¡Ya de aquellos amores no quedan
 ni la nivea estela que deja la barca;
 ni el rastro de oro que finge en el cielo
 el ave que cruza, la nube que pasa...!

Fué un delirio de amor que envidiosas
 disiparon las luces del alba...
 ¡Blanca espuma que el viento deshizo...!
 ¡Un copo de nieve que el sol trocó en agua...!

¡Oh, reja moruna,
 que aún cubierta de flores te hallas...!

¡Cuántas veces, echado en tus hierros,
sorpren díome la alegre alborada,
teniendo en mis manos temblando las suyas,
y junto a mis labios sus labios de llamas...!

¡Oh, reja bendita,
no puedo olvidarte...! ¡Te llevo en el alma;
pues en ti de mi vida han pasado
las horas más gratas;
y a través del encaje que forma
el jazmín que a tus hierros se enlaza,
sus pupilas, a veces, contemplo
fulgurar entre flores de plata,
como dos mariposas azules
que aletean detrás de las ramas...!

PRIMAVERA

Lanzan en tus aleros sus canciones
las aves que del Africa volvieron,
y cual labios de fuego, se entreabrieron
los claveles que adornan tus balcones.

Tornaron con tu amor mis ilusiones;
los granados del huerto florecieron,
y sus flores, que al sol enrojecieron,
semejan llameantes corazones...!

En tu jardín, del que me alejo en vano,
te contemplo de flores rodeada,
símbolo de la alegre Primavera,

con una hermosa tórtola en la mano,
y una rosa de púrpura enredada
en tu rubia y flotante cabellera...

LA ÚLTIMA CITA

— ¿Me olvidarás? — te dije, entre mis manos
estrechando tus manos delicadas...

— ¡Jamás! — me respondiste, en mis pupilas
clavando tus pupilas de esmeralda,
en donde suspendidas
entre el oro que esmalta tus pestañas,
cual perlas de irisados resplandores,
tembloroso veíanse dos lágrimas...

¡Lágrimas que mis labios apuraron
en un hondo silencio de nostalgias,
antes de que cual gotas de rocío
rodasen a las flores de tu cara...!

Reclinaste en mi seno tu cabeza;
 tus brazos rodearon mi garganta;
 se unieron nuestros labios, cual se juntan
 las flores a los besos de las auras;
 y así unidos, lloramos largo tiempo,
 porque el placer también tiene sus lágrimas...!

Tenue rayo de Luna, penetrando
 a través del rosal de tu ventana,
 alumbró con su plata melancólica
 la perfumada estancia;
 y a lo lejos, turbando de la calle
 el silencio, escuchóse una guitarra,
 cuyas lánguidas notas trajo el viento
 entre sus tibias y olorosas ráfagas,
 semejantes al ruido de las olas
 cuando besan la arena de las playas...!

CELOS

Al saber la verdad de tu perjurio,
 loco de celos, penetré en tu cuarto...

Dormías inocente como un ángel,
 con los rubios cabellos destrenzados,
 enlazadas las manos sobre el pecho
 y entreabiertos los labios...

Me aproximé a tu lecho, y de repente
 oprimí tu garganta entre mis manos...

Despertaste... Miráronme tus ojos...
Y quedé deslumbrado,
igual que un ciego que de pronto viese
brillar del sol los luminosos rayos...!

Y en vez de estrangularte, con mis besos
volví a cerrar el oro de tus párpados...!

A M O R O S A

Como Ofelia, de flores coronada,
desnudo el seno que de amor palpita,
acudes impaciente a nuestra cita,
en blanco chal de encaje mal velada.

Por los hombros tu trenza despeinada
lluvia de oro sobre nieve imita,
y a que te adore hasta morir me invita
el fuego abrasador de tu mirada.

De muerte herido y de luchar cansado,
me rendí en la mitad de mi sendero,
mucho más que vencido, fatigado...

Es inútil lidiar contra la suerte...!
Sé que he de sucumbir, y sólo quiero
entre tus brazos esperar la muerte...!

FLORES DE ALMENDRO

(1895-1897)

PRELUDIO

El jardín está triste y silencioso;
sin flor la acacia y los rosales secos...
Tan sólo en las desnudas arboledas
se agitan florecientes los almendros...

¡Qué flores tan efímeras...! Su vida
es la vida fugaz de nuestros sueños...
Tienen la palidez de tu semblante,
y la tristeza de tus ojos negros!

Ciñe con ellas tu nevada frente,
y ven a ser la musa de mi Invierno...!
¡Dichosas flores, que al caer marchitas
perfumarán de sombra tus cabellos...!

ULTRA

Cuando llegue el otoño,
cuando cubran las hojas amarillas
las verdes sendas, que al morir la tarde
cruzamos en amante compañía;

cuando al Africa, huyendo de las nieves,
regresen las alegres golondrinas,
que todas las mañanas te despiertan
en mis brazos dormida;

y se marchiten las postreras rosas,
yo moriré en tu seno, vida mía,
con tu nombre en mis labios y tu imagen
temblando en el cristal de mis pupilas!

¡Todo, en Abril, florecerá de nuevo!
Dará el rosal sus rosas... Tus mejillas
serán jardín de púrpura... En tu reja
volverán a cantar las golondrinas...
Mas morirá tu juventud lozana,

rosa que entre la nieve se marchita!
Volverán otras nuevas Primaveras,
y huirán después... Transcurrirán los días,
y tras los años, rodarán los siglos...

De esas montañas, cuya frente altiva
coronada de nubes toca el cielo,
de esas estrellas que en la sombra brillan,
no han de quedar, flotando en el vacío,

ni siquiera un puñado de cenizas...!
Mas inmutable, como Dios, eterno,
de la creación entera entre las ruinas,
mi amor te aguardará sobre la tumba,
con los brazos en cruz y de rodillas!

BAJO EL NARANJO DEL PATIO

I

Bajo el verde naranjo que sombrea
el viejo mármol de la fuente arábiga,
¡con qué avidez, tu nívea dentadura
la miel de una naranja devoraba!

El zumo por los labios te corría
como sangre de oro... Yo temblaba,
como si el corazón se desgarrase,
desangrándose, igual que esa naranja
que las blancas crueldades de tus dientes
con la dulzura de sus mieles paga!

II

¡Ya pronto moriré! Tiembla en mi pecho
como agónica lámpara la vida...

Cuando mi cuerpo rígido se hiele
y se vidrie el cristal de mis pupilas,
cubre mi rostro con aquel pañuelo,
blanco sudario de pasadas dichas,
que enjugó tantas veces nuestras lágrimas
en la noche fatal de mi partida!

En el verde sendero que sombrean
acacias y magnolias florecidas,
bajo el doliente sauce solitario,
donde a alegrar mi corazón venías,
cava una tumba, y planta sobre ella,
entrelazado con su cruz bendita,
aquel rosal de cálices de nieve
que perfumó nuestras nocturnas citas!

III

Las manos que me acaricien
y los labios que me besen,
quiero que tengan el fuego
devorador de la fiebre,
la vaguedad de la Luna,
y las tristes palideces
de las manos y los labios
inmóviles de la Muerte...!

¡Párpados que yo besé
se cerraron para siempre...!
Ojos que nunca he besado
¡pedid a Dios que no os bese!

ESTIO

Todo en silencio está. Bajo la parra
yace el lebrej por el calor rendido.
Torna a la flor la abeja, el ave al nido,
y a dormir nos invita la cigarra.

La madre selva que al bancón se agarra
vierte como un suave olor a olvido;
y a lo lejos, escúchase el quejido
de una pena andaluza, en la guitarra.

Del mar de espigas, en las áureas olas,
fingen las encendidas amapolas
corazones de llamas rodeados...

Y el sudor, con sus gotas crepitantes,
ciñe a tus bucles, como el sol dorados,
una regia corona de diamantes!

LEYENDA INVERNAL

El Invierno llegó lúgubre y frío.
De nieve se cubrió la cordillera,
y cual sudario, por la azul esfera,
tienden las nieblas su crespón sombrío,

Brama el lejano corazón del río
al desbordar su angustia en la pradera;
y trémula de amor, su fin espera
la última rosa del rosal tardío.

Triste, inclinando la cabeza rubia,
sentada del hogar junto a la llama,
te embebes en los sueños ideales

de nuestro inmenso amor, mientras la lluvia
con sus dedos de perlas, lenta llama
a la gris ceguedad de tus cristales!

LUCHAS

(1897-1898)